

Julie Klassen

*El profesor
de baile*



Libros de
seda

*En honor de Aurora Villacorta, profesora de baile de salón
en la Universidad de Illinois durante más de veinte años.
Gracias, señorita V.*

*Sus clases me acompañan siempre. Los pasos de baile,
pero mucho más que eso: etiqueta, modales, respeto y elegancia.
Sus clases fueron lo que más disfruté en mis años universitarios.
No la olvidaré nunca.*

El señor J. Dawson, profesor de baile y esgrima, tiene el honor de anunciar su regreso de Londres y, al mismo tiempo, desea informar con el máximo respeto de que se ha beneficiado de la instrucción y la experiencia de los profesores con más talento. El señor J. D. ha aprendido los bailes más recientes y modernos, *gallopades*, danzas españolas, etc., y, por lo tanto, espera merecer una parte del patrocinio del público.

The West Briton, 1829



Se enseñan cuadrilla, vals, minueto, danza rural en seis clases privadas por una guinea impartidas por el señor Levien, profesor de baile.

26 Lower Charlotte Street, Bedfore Square.

Selecta Academia de Fiesta dos veces a la semana, dos guineas y un cuarto.

También Academia para Jóvenes los miércoles y sábados por la tarde: se aceptan escuelas y familias.

The (London) Times, 1821



¿Hay un lugar más apropiado que el salón de celebraciones para ver las modas y modales de la época, para estudiar a hombres y caracteres, para acostumbrarse a recibir halagos sin esperarlos, para aprender buena educación y cortesía sin afecto, para contemplar elegancia sin promiscuidad, alegría sin disturbio, dignidad sin altivez y libertad sin ligereza?

Thomas Wilson, profesor de baile,
An Analysis of Country Dancing, 1811

Prólogo

1 de mayo de 1815

Beaworthy, Devonshire, Inglaterra

elebramos el Primero de Mayo como siempre. Nos vestimos con prendas serias y nos trasladamos en la calesa negra desde Buckleigh Manor hasta Beaworthy. Era una tradición, decía mi madre. Pero yo sabía que había otro motivo por el que quería visitar el pueblo ese día en particular. *Lady* Amelia Midwinter deseaba hacer notar su presencia, asegurarse de que nadie osaba olvidar.

Nos dirigimos primero a la floristería y allí compró dos ramos de flores: lirios de los valles y nomeolvides.

A continuación, el cochero, Isaacs, se detuvo en la esquina de High Street y la calle Green sin que nadie tuviera que pedírselo.

El joven ayudó a mi madre a apearse y esta se volvió para mirarme, pero no le hice caso y permanecí en el carruaje malhumorada. Esta era su tradición, no la mía. Cruzó la calle y dejó uno de los ramos delante del mercado, ese lugar de comercio que se hallaba en una explanada verde en mitad de la empedrada High Street. El lugar donde murió.

Nomeolvides. Para nunca olvidar.

Mi madre regresó al carruaje, aunque no partimos de inmediato. Nos quedamos allí sentadas unos minutos, en silencio, esperando a que repiquetearan las campanas de la iglesia anunciando el mediodía.

Tolón, tolón...

Cuando la última campanada se apagó, apartó con un delicado dedo la cortina de terciopelo y observó la calle. Mantuvo el rostro impassible por un momento, pero entonces separó los labios en un gesto de sorpresa, antes de apretarlos hasta formar una adusta línea.

—¿Sucede algo? —pregunté, mientras en el corazón, contrariado, se me formaba una sensación de esperanza indómita. Me desplazé a ese lado del carruaje y miré por la ventanilla.

Había una señora mayor, delgada como un cuervo, de pie ante el jardín. Se levantaba la falda con una mano y alzaba la otra en el aire. Miraba a un lado y a otro, como si esperase a alguien, y por un momento temí que se quedara sola, de pie en medio de la calle.

Y entonces apareció un hombre mayor detrás del mercado. Se retiró el delantal y se inclinó ante la mujer. Ella le devolvió el gesto, esbozó una sonrisa añorada y de pronto se esfumaron décadas de su rostro.

El hombre le ofreció la mano y ella aceptó. Juntos, uno al lado del otro, caminaron despacio por High Street, a un ritmo curioso: paso, arrastrar. Paso, arrastrar. Entonces se colocaron uno frente al otro, se tomaron de ambas manos y giraron en círculo.

—¿Qué hacen? —musité asombrada.

—¿Qué te parece? —replicó ella.

—¿Quiénes son? ¿Los conoces?

No respondió.

Volví la mirada hacia ella y me encontré con un torbellino de emociones en su rostro. Enfado. Dolor. Añoranza.

—¿Quiénes son? —repetí.

Mi madre mantuvo la mirada fija en la ventana, en la pareja, que se retiraba con sus particulares pasos y arrastrando los pies por la calle. Inspiró profundamente, aplacando con puño de acero las emociones, significaran lo que significasen.

—El señor y la señora Desmond.

—Creo que no los conozco.

—No, Julia, no los conoces. Ellos... viven fuera del pueblo.

Arrugué el rostro.

—¿Entonces no conocen... la regla?

—Sí la conocen.

La miré, pero ella apartó la mirada y usó el bastón de su padre para dar golpecitos en el techo.

Al oír la señal, el calesero animó a los caballos a moverse con un «Arre».

Regresamos a Buckleigh e hicimos una parada en el camposanto junto a la iglesia. Mi madre se apeó primero, desestimando con un gesto de la mano la sombrilla que le ofrecía el calesero. Yo bajé tras ella y, cuando el joven me ofreció ayuda para descender, sonreí con coquetería y disfruté al ver cómo se ruborizaba.

El día se había tornado gris plomizo y la llovizna helada me traspasaba la fina capa. Me dio un escalofrío en el cuello.

Seguí a mi madre entre las tumbas cubiertas de líquen y lápidas con los nombres. Paramos ante el terreno de nuestra familia, rodeado de ladrillo y con lápidas impresionantes como gemas opacas engarzadas en un brazalete macabro. Leí el epitafio de su hermano.

Graham Buckleigh, Lord Upcott

Nacido el 4 de enero de 1776

Fallecido el 1 de mayo de 1797

Hijo y hermano amado

—Veintiún años —murmuré—. Qué joven.

—Sí —musitó ella.

—¿Cómo murió? —pregunté como cada año con la esperanza de que un día me contara la historia completa.

—En un duelo.

—¿Quién lo mató?

—Prefiero no pronunciar su nombre.

Desvié la mirada de la lápida de un tío al que no había conocido hasta la de una tía a la que tampoco conocí. Murió al dar a luz antes de que yo naciera.

Lady Anne Tremelling

Nacida el 5 de diciembre de 1777

Fallecida el 9 de diciembre de 1797

Hija y hermana amada

Señalé la tumba de su hermana.

—Murió menos de un año más tarde.

—Sí.

Mi madre se arrodilló y dejó el ramo de lirios de los valles en la tumba de su hermano.

Lirios de los valles. Lágrimas y humildad.

Se puso en pie.

—Es mejor que no nos demoremos, Julia. Tu padre no se encuentra del todo bien.

—Cierto, me ha sorprendido que desearas venir hoy.

—Es una tradición.

La miré de soslayo.

—Sigues tus propias tradiciones, ya veo.

Por supuesto, me estaba refiriendo al Primero de Mayo,¹ que llevaba sin celebrarse en Beaworthy desde hacía veinte años. Había oído rumores sobre la antigua tradición y su desaparición.

Mi madre se volvió hacia el carruaje sin responder y yo traté de hacer caso omiso del dolor que me provocaba su rechazo con la misma facilidad con la que ella no hacía caso de lo incisivo de mis preguntas.

—¿Por qué se batieron en duelo? —pregunté mientras la seguía.

No respondió. Delante de nosotras, el joven mozo abrió la puerta del carruaje.

—¿Por qué no dejas flores en la tumba de tu hermana? —continué—. ¿Por qué solo en la de tu hermano?

Mi madre lanzó una mirada al mozo antes de responder con tono tranquilo.

—Será mejor que hablemos de ese asunto en otro momento y no ahora. Hemos dejado solo a tu padre demasiado tiempo.

No creía que él se hubiera percatado de mi ausencia. En verdad, no creía que yo le importara lo más mínimo.

Mi padre nos dejó al día siguiente. Y, después de su muerte, del duelo y el luto, del funeral y la selección de la lápida, enterramos mis preguntas junto al féretro de mi padre, con la seguridad de que algún día volvería a plantearlas.

1 N. de la Ed.: El Primero de Mayo (May Day) era una celebración tradicional para dar la bienvenida a la primavera, que es el sentido que tiene en esta historia. En la actualidad es más bien una celebración relativa al trabajo y reivindicativa.

Capítulo 1

«La señora había estado montando y vestía un traje largo de montar... Bailaba de forma admirable y hacía uso de la fusta del más alegre de los modos».

*A New Most Excellent Dancing Master:
The Journal of Joseph Lowe*

5 de noviembre de 1816
Beaworthy, Devonshire, Inglaterra

Julia Midwinter se unió a los habitantes de Beaworthy reunidos entre la iglesia del pueblo y la posada. A pesar de que su madre, *lady* Amelia, había terminado con la celebración del Primero de Mayo años atrás, el pueblo seguía esta otra longeva tradición. Su madre en rara ocasión asistía, pero permitía que Julia fuera con sus vecinos, los Allen. Cada año, el 5 de noviembre, los aldeanos se reunían en torno a una piedra enorme de unos ciento ochenta centímetros por ciento veinte que pesaba más de una tonelada; las cifras las estimó un hombre de ciencias supuestamente reconocido del que nadie había oído hablar cuando visitó Beaworthy muchos años atrás.

Aquel año, Julia se había mantenido detrás, entre la multitud, observando cómo estudiaba el hombre de ciencias la roca con gran interés. La observó con un cristal de aumento y declaró que no había otra igual en todo el oeste de Inglaterra, ni tan siquiera en todo el país. Se rascó la barbilla y sopesó en voz alta cómo podría haber llegado hasta allí.

Julia pudo habérselo contado. Cualquiera de los habitantes pudo. Pero todos disfrutaban con el desconcierto del hombre, con el hecho de saber algo que este señor cultivado desconocía. A todos los niños de Beaworthy les habían contado la historia cuando tenían la edad de estar sentados sobre las rodillas de sus abuelos. La piedra se le había caído al demonio

del bolsillo cuando había descendido del cielo al infierno. Por ese motivo, cada año, el 5 de noviembre, los campaneros de la iglesia le daban la vuelta a la piedra: para mantener alejado al demonio.

Pero este año fue distinto. Los campaneros no pudieron dar la vuelta a la piedra a pesar de los esfuerzos. Julia, que estaba acompañada de *sir* Herbert Allen y sus hijos, se preguntó si los campaneros serían ya demasiado ancianos y débiles.

Se acercaron otros hombres que estaban entre el público y emplearon unas fuertes poleas para hacer palanca con la fuerza adquirida trabajando la arcilla, en las forjas y el campo. Más hombres se acercaron con más poleas, *sir* Herbert y sus hijos entre ellos. Sin embargo, la piedra no se movió.

Sir Herbert comentó que el suelo se había congelado antes de tiempo. Otros negaron con la cabeza y rechazaron una explicación tan terrenal. Esto tan solo podía significar una cosa.

El regreso del demonio.

Los más supersticiosos declararon que sucederían cosas funestas, pero casi todos coincidían en una cosa: se aproximaba el cambio.

Julia Midwinter esperaba que tuvieran razón.

Cualquier cosa con tal de que los días tuvieran algo de vida, en lugar de ser aburridos, con servicios interminables en la iglesia y comidas en silencio. Pasaba los días bordando para la beneficencia y las tardes leyendo *Sermones a mujeres jóvenes*, de Fordyce, *El espejo de la elegancia* y las pocas novelas soporíferas que su madre consideraba apropiadas para una dama joven. Su único entretenimiento consistía en salir en la compañía de su amiga más querida, Patience Allen. O con su yegua, *Liberty*.

Mas noviembre, diciembre y enero transcurrieron sin esperanza alguna por el cambio y la joven Julia de diecinueve años se volvía cada día más inquieta. El periodo de duelo por su padre también había pasado ya, aunque seguía llevando luto. Al menos ahora podía olvidarse de tener que ganarse su aprobación.



Un día gris de febrero, Julia y Patience montaban juntas por el amplio terreno de Buckleigh Manor. Siguieron un sendero por el bosque, que empezaba a despertar tras el invierno; comenzaban a reverdecer la hiedra y el

musgo, pero las ramas nudosas de los árboles que se alzaban sobre ellas seguían desnudas. Varios pájaros valientes trinaban melodías desentonadas, tal vez con la misma esperanza de Julia de que la primavera llegara pronto.

Delante de ellas, el bosque se abría a un prado y, más allá, se encontraba el seto. Julia sintió una emoción retorcidamente deliciosa y alzó la comisura de los labios en una sonrisa ladeada. Se agachó sobre el cuello de *Liberty* y, tanto con la postura como con la voz, animó a la yegua a galopar; la fusta la llevaba por llevarla, al igual que hacía un caballero con su bastón, pero jamás golpearía al animal.

Apenas oyó a Patience gritar que el seto era demasiado alto, mas como la yegua de Julia era más rápida que la suya y Julia dos veces mejor jinete, las palabras de su amiga fueron un débil murmullo para sus oídos. Avanzó con confianza, igual de cómoda montando a lo amazona que a horcajadas como un hombre. Sin darse cuenta de nada por el viento, la velocidad y la sensación de libertad, dejó que *Liberty* actuara por su cuenta. La preciosa yegua galopaba a máxima velocidad, directa al seto que bordeaba la propiedad de su madre, el confinamiento de Julia. Más allá, se extendía todo Devonshire, e Inglaterra, y el mundo.

Patience gritó una última vez.

—¡Es demasiado alto!

Durante una milésima de segundo, Julia lamentó arriesgar las piernas, la vida o a su adorada *Liberty*, pero ya era demasiado tarde.

La yegua saltó y por un instante Julia sintió disiparse todo el peso del mundo. Estaba volando. Escapando.

El animal cayó sobre la hierba mullida al otro lado y Julia se aferró con fuerza a su montura para no caerse. *Liberty* tembló un poco, esperaba que no se le hubiera incrustado nada en la herradura con el impacto.

Con un «soo», Julia la refrenó y después la instó a que diera la vuelta con una ligera presión de las riendas y la rodilla. A unos metros de distancia había una escalera, construida para permitir el paso a los viandantes, pero no al ganado. La aprovecharía para desmontar y comprobar las herraduras de *Liberty*, aunque no podría volver a montar sin ayuda. No importaba, regresaría caminando con el animal.

Desencajó la rodilla de la perilla de la silla de montar, se agachó para agarrarse a la parte alta de la escalera y se bajó al escalón superior. Con la fusta debajo del brazo, levantó suavemente una de las patas delanteras de la yegua y luego la otra para inspeccionar las herraduras.

Patience llegó a lomos de su caballo unos minutos más tarde. Había tenido que desviarse hasta la verja occidental, a medio kilómetro de distancia, para llegar hasta allí. Miró a *Liberty* con preocupación.

—¿Está bien?

—Eso creo.

—¿Y tú?

Julia sonrió.

—Nunca he estado mejor.

Patience no le devolvió la sonrisa, pero al menos no puso mala cara, como haría la madre de Julia en cuanto supiera de lo sucedido.

La joven soltó la pata del animal, le quitó las riendas y comenzó a tirar de la yegua de camino a casa. Patience la siguió sobre su caballo.

Cuando se estaban aproximando a la verja, Julia oyó unas voces y se detuvo. Patience paró al caballo.

—¿Qué...?

La joven levantó una mano para pedir a su amiga que se callara. Las voces provenían del otro lado del viejo caserón, abandonado desde hacía tiempo. No le resultaban familiares, ni tampoco amables.

Ató las riendas de *Liberty* a la rama de un árbol cercano.

—Espera aquí —le susurró a su amiga.

—Julia, no —siseó Patience—. Puede ser peligroso.

Sin hacer caso de la advertencia, avanzó de puntillas por el suelo húmedo aferrada con fuerza a la fusta, como si esta fuera un arma. Caminó pegada al muro del edificio de piedra y echó un vistazo por la esquina.

Tardó un instante en entender la escena que se desarrollaba ante ella. Un hombre fornido retenía a un joven con un mono de obrero y una boina. Otro hombre, enjuto y con el pelo rubio y lacio, molestaba a una mujer joven, tomándola de la mano y haciéndola girar.

—Vamos, cielo —le decía con voz suave y melosa—, deja que veamos cómo bailas. Creo que los tuyos lo llaman bailar con el alma, ¿no es así?

La indignación dio paso rápidamente a la ira cuando Julia reconoció a dos de las partes involucradas. Los condenados hermanos Wilcox.

Se adelantó con la fusta preparada.

—Suéltela, señor Wilcox.

Felton Wilcox se volvió. Tenía los ojos, pequeños y verdes, entrecerrados.

—Vaya, vaya. Si es la señorita Petulante, metiendo las narices donde no la llaman.

—He dicho que la suelte.

—Oh, venga, señorita —intervino Joe, el más joven de los Wilcox—. Si son unos *ranters*.² Solo queremos oírlos cantar y verlos brincar, como ellos saben hacer.

—¡Déjela en paz! —gritó el joven al que tenía cautivo mientras se removía para liberarse.

Joe Wilcox le dio un rodillazo en la espalda.

—¡Benjamín! —chilló la mujer.

Felton Wilcox la silenció apretándole las mejillas. Lo hizo con tanta fuerza que los labios de la joven se fruncieron como si fuera un pez en busca de aire.

—Hazlo por mí, preciosa. Quiero oírte.

—Canto para alabar a Dios —replicó ella—, no para divertir a idiotas.

—¿Cómo te...? —Felton frunció el ceño en un gesto de rabia y echó atrás la mano, como para propinarle una bofetada.

Julia le golpeó la muñeca con la fusta y Felton retrocedió, sorprendido por el bocado del látigo y la audacia de la joven. Se volvió hacia ella y echó de nuevo la mano hacia atrás, pero esta vez vaciló.

Julia se mantuvo firme, inquebrantable, mirándolo, retándolo.

—Tal vez piense que el condestable no hará nada si se entera de que ha molestado a esta gente, pero le prometo que lo colgarán del cuello si se atreve a ponerme una mano encima a mí.

Se apartó el pelo de los ojos y gruñó.

—¡Bruja!

Guiada por la rabia, Julia alzó de nuevo la fusta y la agitó en el aire, pero Felton se la arrebató. Con ojos brillantes como los de una serpiente, levantó la fusta en un gesto amenazador.

—¿Quién ha dicho que vaya a ponerle la mano encima?

En la distancia, se oyó el sonido de unos caballos al galope. Julia tenía los ojos fijos en Felton Wilcox, pero él desvió la mirada a la verja e hizo una mueca. Tiró la fusta al suelo y se volvió hacia su hermano.

—Vámonos. Esto era una fiesta privada, pero estos invitados no deseados nos la han arruinado.

2 N. de la Ed.: *Ranters* es otro de los nombres por el que se conoce a los bryanitas. Ben y Tess, los personajes que aparecen en esta escena, son bryanitas o cristianos bíblicos. Los seguidores de esta rama del cristianismo se concentran en Cornualles y Devon.

Con un fuerte empujón, Joe tiró al joven al suelo y echó a correr hacia el bosque, a una velocidad sorprendente para alguien tan fornido como él, seguido por su hermano.

El joven se puso en pie con dificultad e hizo ademán de perseguirlos, pero la chica lo tomó del brazo.

—No, Benjamín. Deja que se vayan. Estoy bien.

El aludido apartó la mirada de los hombres y la posó en el rostro de la chica.

—¿Seguro?

—Sí, perfectamente. —Esta se volvió hacia Julia—. Sé que sus intenciones eran buenas, señorita, pero no tendría que haberlo golpeado. Debemos poner la otra mejilla.

Julia enarcó las cejas.

—Puede poner la otra mejilla todo lo que quiera, pero Felton Wilcox pegará con más fuerza la próxima vez.

La joven la miró detenidamente.

—¿Igual que ha hecho usted?

—Solo trataba de ayudarla. —Julia se mostró escéptica.

El muchacho posó una mano en el brazo de la chica y miró a Julia.

—Le estoy muy agradecido, señorita. De verdad. Sencillamente, me avergüenza no haber ayudado yo a Tess.

—No se sienta mal —lo consoló Julia—. Los Wilcox son los campeones de lucha de la zona. No es usted el primer hombre al que molestan, y no será el último.

Recogió la boina del suelo y se inclinó.

—Soy Ben Thorne, y ella es mi hermana, Tess. De nuevo, muchas gracias, señorita Midwinter.

Julia reparó en que conocían su nombre, aunque ella no sabía cómo se llamaban ellos. Le parecía haberlos visto alguna vez de pasada, pero no los habían presentado.

Los jinetes llegaron al fin; tiraron con fuerza de las riendas y los caballos levantaron la tierra al frenar.

—¿Están todos bien? —preguntó James Allen. Desmontó con elegancia y cara tensa.

—Sí. Totalmente.

A su lado, su hermano Walter levantó la pierna por encima de la silla para apearse del animal. Se le enganchó la bota en el estribo y tuvo que dar

un salto para mantener el equilibrio. Finalmente, liberó la bota con un fuerte tirón que consiguió que se le cayera el sombrero al suelo.

La señorita Thorne se adelantó para recogerlo y se lo tendió.

—¿Está bien? —le preguntó con tono amable.

Walter enrojeció.

—Sí, señorita. Gracias, señorita.

James seguía mirando a Julia.

—Nos encontramos con Patience mientras montábamos y nos contó que tenías problemas.

Julia ni siquiera la había oído alejarse.

—Los hermanos Wilcox —explicó—. Estaban molestándolos, pero ya se han marchado.

Ben Thorne asintió.

—Por suerte, la señorita Midwinter y su fusta los convencieron de ello.

James Allen enarcó las cejas rubias.

—¿Su fusta? Julia, no ha sido muy inteligente. Quién sabe la clase de venganza que pueden idear esos dos.

—Por fortuna, habéis llegado a tiempo.

Walter seguía mirando a la joven llamada Tess. Era una chica encantadora, tenía aspecto de hada del bosque con el pelo largo y castaño rojizo alrededor de los hombros y unos ojos grandes y marrones.

Pobre Walter. El muchacho siempre se sentía incómodo en la presencia de las mujeres, pero ¿una mujer guapa de su edad? Que el Señor lo ayudase. Con el pelo de un castaño claro muy ordinario, ojos tristes y unas orejas desafortunadas, Walter poseía un rostro dulce, pero no de los que las señoritas considerasen atractivos.

Antes de que a Julia le diera tiempo a presentarlos, llegó Patience galopando. El pelo, más claro que los rizos dorados de James, danzaba alrededor de las mejillas sonrosadas. Pobre Patience, siempre tan sosegada. Julia no la había visto jamás montar tan rápido. Con todo y con eso, al parecer, había sido incapaz de seguir el ritmo de sus hermanos.

—¿Va todo bien? —preguntó jadeando.

—Sí, querida —respondió Julia—. Gracias a ti. Muchas gracias por avisar a la caballería.



El domingo, Julia Midwinter estaba sentada en el banco que solía ocupar en la iglesia de St. Michael, con su madre a un lado y su amiga Patience al otro. El párroco, el señor Bullmore, se encontraba en el púlpito, frente a ellas, hablando sin descanso. Julia no escuchaba. Al párroco le gustaba emplear palabras cultas y muchas de ellas parecían prendadas del sonido de su voz. Lo peor de todo era que el hombre le recordaba a su padre. Cada vez que él la miraba, lo hacía con desaprobación y frialdad, como había hecho siempre su progenitor.

Reparó en que el hijo del párroco volvía a visitarlo desde Oxford. Cedric Bullmore tenía planes de seguir los pasos de su padre en la iglesia. Divagó sobre dónde se ganaría el joven la vida, ¿en algún lugar interesante?, ¿lejos de allí? Tendría que esforzarse más por flirtear con él. Es más, empezaría esa misma tarde.

Su hijo aparte, Julia prefería que el señor Bullmore dejara que se encargase del sermón el querido señor Evans, el coadjutor. En las fiestas especiales, el señor Evans acudía a rezar a la iglesia de Buckleigh e invitaba a cualquiera que deseara asistir; normalmente iban solo ella, *lady* Amelia, los Allen y un pequeño grupo de criados y vecinos. El resto parecía preferir la iglesia nueva del pueblo.

Desviada por completo la atención, Julia miró por encima del hombro hacia el pasillo. Había un hombre al que nunca había visto sentado en el banco del señor Ramsay, varias filas más atrás. Tenía el pelo oscuro y un perfil agradable; nariz bonita, barbilla firme y pómulos prominentes. El rasgo más notable, sin embargo, era que se trataba de un desconocido, no era de Beaworthy.

Se inclinó hacia Patience.

—¿Quién es? —le susurró.

Su amiga, que sí estaba escuchando el sermón, despertó de su concentración lo suficiente como para seguir la mirada de Julia.

—No lo sé.

Sin apartar la mirada atenta del reverendo Bullmore, *lady* Amelia posó la mano enguantada en la rodilla de Julia para que guardara silencio.

Unos minutos más tarde, cuando la congregación comenzó a cantar un himno, Julia reparó en una mujer de unos cuarenta y cinco años, vestida de negro y sentada junto al desconocido. Seguramente fuera su madre. Y al otro lado de la mujer, una joven esbelta de unos diecisiete. Su hermana, supuso.

Eso esperaba.

Cuando terminó el servicio, siguió a su madre por el pasillo para dar las gracias al párroco. Los ojos fríos del señor Bullmore estudiaron a Julia y se posaron en *lady* Amelia. Le dedicó una sonrisa.

—Señora, ¿puedo presentarle a unas personas que acaban de llegar a la parroquia? —Señaló a los tres recién llegados.

Su madre inclinó educadamente la cabeza y se volvió hacia la mujer de negro.

—*Lady* Amelia Midwinter, le presento a la señora Valcourt, la hermana del señor Ramsay.

La mujer sonrió e inclinó la cabeza. Julia no vio parecido alguno con el señor Ramsay, el abogado remilgado y rechoncho que se encontraba a pocos metros de distancia.

—¿Qué tal? —pregunto *lady* Amelia con un tono que no invitaba a respuesta alguna.

—Y ella es su hija, la señorita Aurora Valcourt —continuó el párroco. La chica hizo una reverencia elegante—. Y su hijo, el señor Alec Valcourt.

El joven bien vestido también se inclinó con una destreza sorprendente.

—Un placer conocerla, señora.

Julia se ruborizó.

—¿Han venido a visitar al señor Ramsay o para quedarse? —preguntó ella.

Su madre se quedó muy quieta ante la pregunta y se volvió para presentarla.

—Y esta es mi hija, la señorita Midwinter.

De nuevo, el señor Valcourt hizo una reverencia y las damas se inclinaron. Julia esbozó una sonrisa.

—Un placer conocerlos. Bienvenidos.

La madre del señor Valcourt era bien parecida, pensó Julia, aunque el gesto triste de las mejillas, que tenía un poco caídas, e incluso la nariz, hacían que no resultara hermosa. El negro tampoco le favorecía. Su hermana, sin embargo, era adorable. Tenía el pelo castaño y unos ojos azules que destacaban sobre un rostro dulce y bonito. El señor Valcourt estaba dos o tres centímetros por debajo del metro ochenta y tenía una complexión atlética: hombros amplios y cintura estrecha. Tenía el pelo

oscuro y ondulado, mientras que el de su hermana era liso. De frente, su rostro era aún más atractivo de lo que le había parecido de perfil. Tenía los labios carnosos, la nariz bonita y los ojos grises azulados. De cerca no solo resultaba más apuesto, sino que también parecía más maduro. Puede que tuviera unos veinticinco.

Julia le dedicó su sonrisa más sincera. Sin embargo, en lugar de devolverle el gesto, sonrojarse o cualquiera de las respuestas a las que estaba acostumbrada, él se limitó a parpadear y apartar la mirada.

—Eh... en cuanto a su pregunta —respondió la señora Valcourt, lanzando una mirada rápida a su hermano—, el señor Ramsay nos ha invitado a quedarnos todo el tiempo que deseemos. Aún está por decidir cuánto será.

—Ah, ya veo. —Julia asintió, aunque no lo veía, en realidad no. Era una respuesta vaga, pero sabía que no debía insistir. Era consciente de que le iba a caer una regañina por chismosa en cuanto su madre y ella estuvieran un poco más alejadas.

La señora Valcourt dio las gracias al señor Bullmore por el sermón y la cálida bienvenida.

Mientras la mujer hablaba con el párroco, Julia se acercó a su madre.

—Patience me ha invitado a montar a caballo esta tarde —susurró— y es posible que bordemos para la sociedad benéfica de las señoras. No te importa, ¿no?

—¿En domingo?

—Sí, ha sido muy insistente. —Se volvió hacia su amiga, que estaba hablando con una muchacha pelirroja—. ¿Verdad, Patience?

La aludida se volvió y parpadegó.

—¿Disculpa?

—Le estaba diciendo a mamá que me has pedido que vaya a tu casa esta tarde. Que tienes muchas ganas.

Su amiga separó los labios.

—Yo... eh... sí, así es —titubeó y, a continuación, añadió con más convicción—. Nada me agradecería más.

—¿Ves? —Julia sonrió de oreja a oreja a su madre—. Las chicas de nuestra edad disfrutamos hablando y compartiendo secretos. ¿No lo hacías tú cuando eras joven? —No se imaginaba algo así por parte de la mujer de cuarenta y tres años, pero estaba decidida a salirse con la suya.

A su madre se le empañó la mirada.

—Tenía pocas amigas cercanas.

—Pero tenías una hermana, algo que Patience y yo no tenemos.

—Sí, es verdad —contestó *lady* Amelia, con voz entrecortada—. Bien, puedes ir, pero te tiene que acompañar el mozo.

—Mamá, no es necesario. Medlands se encuentra a menos de un kilómetro de los establos. Tommy va a tardar más en ensillar al caballo que en ir y volver.

—Insisto.

—De acuerdo, pero no le pidas que me espere. Uno de los Allen me acompañará a casa.

—Muy bien.

La sensación de victoria le llenó el corazón. Cuando se dio la vuelta, esbozó una sonrisita de satisfacción... y comprobó que el señor Valcourt la estaba mirando.

Se detuvo y, por un instante, sus miradas se encontraron. Él se la sostuvo con un gesto que le daba a entender que había oído la conversación y que a él no lo había engañado. La joven abrió la boca para decir algo, pero él se volvió sin decir nada y acompañó a su madre y a su hermana a la calle.